

## EL CORVO DE SAN MARTIN SOBRE LA TESTA DE SARMIENTO

Una nube fugaz empaña en 1851 la profunda veneración que siente Sarmiento por el Libertador: es la que provoca, sin duda, su conocimiento comprobado de la donación testamentaria del corvo de Chacabuco y Maipú, a Rosas. No conocía el formulismo de la cláusula, pero el hecho era cierto. ¿Habría pensado el cílope sanjuaníno ser heredero del símbolo glorioso? Supuesto que no. ¿cómo aceptar resignado que la más refulgente espada de estos pueblos viniera a manos del Restaurador? ¿No había hecho la semblanza de éste en *Facundo*: "...Rosas, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo"? ¿Y no había dicho a su partida para el viaje imponderable que la carta de presentación por excelencia que llevaba era *Facundo*? Acababa de regresar a Chile, de dialogar con el Héroe en largas horas de evocación, durante las cuales es imposible que hubieran soslayado las referencias al estado del país, a sus luchas internas; y puesto que no era Sarmiento un carácter capaz de reservarse juicios políticos, cabe rechazar de plano la idea de que silenciara en todas aquellas visitas a Grand-Bourg, la catilinaria antirrosista. Puede aceptarse que el Gran Capitán guardara sus opiniones políticas bajo siete llaves, según su inveterado hábito, pero es improbable que no hiciera alusiones al cuadro general de nuestras luchas. Sarmiento no ha dejado escrito sino escasamente los pormenores de sus conversaciones con el Libertador, excepto en lo relacionado con la entrevista de Guayaquil. Pero es lo cierto que el 24 de mayo de 1846, víspera de la fecha

gloriosa, en compañía de don Manuel Guerrico, se presentó en Grand-Bourg con una carta del benemérito general Juan Gregorio de las Heras que, como se sabe, residía en Chile, exilado desde los sucesos que precedieron y sucedieron a la renuncia de Rivadavia. Está rigurosamente documentado (1) que volvió a visitar al Libertador el 20 de junio y el 4 de agosto de aquel año, como así el 18 de julio de 1847, sin contar con la probabilidad de que lo frecuentara durante sus asiduas permanencias en Mainville, lugar próximo al retiro de San Martín donde el maestro, en su insaciable afán de conocimientos, se entregaba al aprendizaje de cultivos especiales bajo la dirección del botánico M. Camilo Beauvais.

Así pues, y aun cuando las informaciones suministradas por el visitante no hubieran convencido al Libertador, o resultaran deleznable en confrontación con otros aspectos fundamentales del proceso de consolidación de la independencia americana, la verdad es que el ilustre sanjuanino debió desorientarse y tal vez desolarse ante la noticia del legado a Rosas, indiscutiblemente comprobado a fines de 1850 (2). “¿Por qué no ha sido el general

---

(1) *San Martín y Sarmiento*, por ANTONIO P. CASTRO, Director del Museo Histórico Sarmiento. Conferencia pronunciada en el Círculo Militar, año 1947. En esta conferencia el señor Castro presenta documentos inéditos en páginas manuscritas de Sarmiento y un cuaderno de gastos que el ilustre sanjuanino llevó minuciosamente desde diciembre de 1846 a febrero de 1848. En las anotaciones de puño y letra del viajero, escritas en el idioma de cada país visitado, figuran registrados los desmoldosos que efectuó en las visitas que hizo a San Martín en Grand-Bourg, que fueron reiteradas, a pesar de lo que en campos contrarios suele afirmarse.

(2) El legado, en su artículo 3º, dice así: “El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la Independencia le será entregado al General de la República Argentina, don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla. *José de San Martín* —de puño y letra— enero de 1844.”

El documento data de dos años antes de la primera entrevista con Sarmiento. Ya estaba escrita la carta de San Martín a Gregorio Gómez, su amigo íntimo (1839), donde el Libertador alude al “estado de nuestra desgraciada patria”, y censura acerbamente el asesinato del doctor Maza. Ni Alberdi ni Florencio Varela habían conseguido, tampoco, modificar la determinación del Héroe, que colocaba el imperativo de la Independencia (con mayúscula), por encima de todas las querellas inter-

Las Heras el destinatario del corvo epónimo?"... se preguntaría. Y en efecto, ¿podía pedirse alguien con más limpios merecimientos? ¿No había sido Las Heras el oficial por antonomasia del Ejército Libertador, el vencedor impetuoso en Gavilán y Curapalihué, el artífice de la reconstrucción en los días aciagos de Cancha Rayada, el adalid de Maipú, el consejero fiel y activo en las buenas y en las malas? Las Heras vivía austeramente aislado de cuestiones públicas; lejos de los periódicos y de los asuntos que apasionaban a sus conciudadanos. Su exilio en Chile podía compararse en muchos aspectos con el de San Martín en Francia. La historia se ha encargado de demostrar que alguna vez se albergarían con igualados derechos, en el mismo templo, bajo la misma nave, los restos del Gran Capitán y los del virtuoso compañero de tantas jornadas inmortales. ¿Cómo podía ser Rosas el heredero de la espada epónima, si estaba en la atmósfera de los acontecimientos contemporáneos, vecinos ya al "epílogo de la tiranía", según frase corriente en 1850, su proscripción definitiva? Y de no ser Las Heras, ¿no existían cientos y cientos de argentinos leales a la causa suprema de la emancipación, más dignos de tan grande símbolo?

Coincidirían estas cavilaciones con infinito número de asuntos bullentes en la cabeza de Sarmiento. No ha de olvidarse que su espíritu, apenas apeado el viajero de su larga correría, se mostraba atormentado por los estropicios cometidos durante la ausencia de dos años con algunas de sus más caras iniciativas, estado de ánimo que reflejan algunos capítulos finales de *Recuerdos de Provincia* y otros de *Educación Popular*, libros de aquellos instantes. Cuatro décadas después, en *Memorias*, volverá a subrayar sus tumultuosas ansiedades de entonces. A la luz de nuevos documentos relativos a la trayectoria sanmartiniana de Sarmiento, un especializado investigador, Antonio P. Castro, decía en 1947: "Nosotros creemos que Sarmiento debió estar pasando

---

nas. ¿Se imaginaria Sarmiento en sus coloquios con el Libertador que en esos mismos momentos estaba ya dispuesta la donación a Rosas? ¿Había penetrado su pupila agudísima la disposición del Héroe, escrita de "puño y letra", dos años atrás? Algo de eso parece insinuarse en su notable carta a Aberastain.

en esa época por una penosa situación moral e intelectual. Para confirmar nuestro aserto, estudiamos minuciosamente su actuación y nos encontramos con que en enero de 1851 funda la revista *Sud América*, que mantiene violentas polémicas, a veces en forma agria, al verse incomprendido<sup>(3)</sup>; que sostiene campañas polémicas que involucran una lucha terrible, tanto en defensa de su patria como de Chile y que al inclinarse por la candidatura de Manuel Montt, su amigo, debe hacer frente al embate de enconadas resistencias. La lucha es tremenda. No descansa un momento. Apenas duerme. Y dada la dualidad genial de su inteligencia privilegiada escribe libros, folletos, trata problemas educacionales e institucionales; aborda temas vastísimos y diversos. Es tal su agitación intelectual, que al leer su labor de esos dos años, 1850 y 1851, bien se le puede perdonar una falta como la que cometiera en ese artículo y que después rectificara con altura y nobleza.”

¿Y qué decía Sarmiento en ese artículo aparecido en *Sud América* el 17 de febrero de 1851, titulado “Bolívar y San Martín. Rectificación histórica”? Ponia un énfasis de duda en la sinceridad de San Martín, al referirse en sus conversaciones con él a la Conferencia de Guayaquil.

Ya en carta a don Antonio Aberastain, fechada en París en setiembre de 1846, había dicho en un párrafo dedicado al Libertador en la vejez, luego de referirse a multitud de temas y de hacer la evocación de la epopeya y el elogio del Héroe cuando joven: “Ilusión! Un momento después toda aquella fantasmagoría había desaparecido, San Martín era hombre y viejo, con debilidades terrenales, con enfermedades del espíritu adquiridas en la vejez. Habíamos vuelto a la época presente y nombrado a

---

(3) Ib., jd. Castro, A. P. En su aportación el señor Castro habla de “violentas polémicas, a veces en forma agria”, refiriéndose a las sostenidas por Sarmiento desde “*Sud América*”. La verdad es que los testimonios de la época y las biografías respectivas coinciden, sin excepción, en que no había alternativas en aquella voluntad polémica. Las instituciones que contribuyera a crear e inclusive “su reforma ortográfica” eran atacadas sin descanso desde los centros del catolicismo intelectual y político. El mismo Sarmiento aludirá a este período, muchos años después, en *Memorias*, calificándolo de “borrascoso”.

Rosas y su sistema (\*). Aquella inteligencia tan clara en otros tiempos, declinaba ahora; aquellos ojos tan penetrantes que de una mirada forjaban una página de la historia, estaban ahora turbios, i allí en la lejana tierra veían fantasmas extranjeros, i todas sus ideas se confundían con los españoles i las potencias europeas, la patria, aquella antigua patria, i Rosas, i la independencia i la restauración de la colonia, y así, fascinado, la estatua de piedra del antiguo héroe de la independencia, parecía enderezarse sobre su sarcófago para defender la América amenazada.”

En la misma descripción epistolar decía empero: “Hai en el corazón de este hombre una llaga profunda que oculta a las miradas estrañas, pero que no se escapa a la de los que se la escudriñan. ¡Tanta gloria i tanto olvido! ¡Tan grandes hechos i silencio tan profundo! Ha esperado sin murmurar cerca de treinta años la justicia de aquella posteridad a quien apelaba en sus últimos momentos de vida pública, i tiene setenta i cinco hoi; las dolencias de la vejez y el legado de las campañas militares, le empujan hacia la tumba, i espera todavía!” Y a renglón seguido: “He pasado con él momentos sublimes que quedarán para siempre grabados en mi espíritu. Solos un día entero, tocándole con mañas ciertas cuerdas, reminiscencias suscitadas a la ventura, un retrato de Bolívar que veía por acaso. Entonces, animándose la conversación, lo he visto transfigurarse, i desaparecer de mi vista el campagnard de Grand-Bourg i presentármese el general joven, que asoma sobre la cúspide de los Andes, paseando sus miradas inquisitivas sobre el nuevo horizonte abierto a su gloria. Sus ojos pequeños y nublados por la vejez, se han abierto un momento, i mostrándome aquellos ojos dominantes, luminosos, de que hablan todos los que le conocieron; su espalda encorvada por los años se había enderezado, avanzando el pecho, ríjido como el de los soldados de línea de aquel tiempo; su cabeza se había echado hácia atrás, sus hombros bajándose por la dilatación del cuello, i sus movimientos rápidos, decisivos, semejaban al del brioso corcel que sacude su ensortijada crin, tasca el freno y es-

---

(\*) Obras, tomo V, pág. 137.

tropea la tierra. Entónces, la reducida habitación en que estábamos se había dilatado, convirtiéndose en país, en nación; los españoles estaban allí, el cuartel jeneral, aquí; tal ciudad acullá; tal hacienda, testigo de una escena, mostraba sus galpones, sus caseríos i arboledas en derredor de nosotros. . .”.

Como puede apreciarse, la posición observadora de Sarmiento ante la figura de San Martín es fluctuante. Desde el ángulo histórico la descripción se ilumina de grandiosidad admirativa, en tanto que desde su punto de vista actual, procura reflejar en regla, con toda objetividad, los rasgos físicos y mentales de una existencia en el ocaso.

Al manifestar en 1851 que “estaba muy distante de poner entera fe” en las declaraciones que le formulara San Martín en Grand-Bourg, declaraciones que él había utilizado en su conferencia en el Instituto Histórico de Francia, no hacía otra cosa que seguir su lógica, aunque es evidente en este trance el sesgo mordaz de la salida. Leído en toda su extensión el referido documento, de donde algunos sistemáticos opugnadores de Sarmiento han extraído esas frases aisladas, queda la impresión cabal de que, a pesar de las tajantes expresiones, el glorioso maestro no titubeaba en colocar la figura moral de San Martín en un plano superior, en el sentido psicológico y moral, a aquel en que situaba a Bolívar. Se advierte también su evidente intención de no reconocer al general Mosqueda, ex secretario de Bolívar, jerarquía suficiente como para terciar, ante lo aseverado por él en la conferencia del Instituto Histórico de Francia, en la versión sobre lo acontecido en Guayaquil (5).

Al fin, serenamente analizada la pieza de donde se han extraído conclusiones *ad-usum-Delphine*, no hay sino un alegato más en favor de San Martín, mechado, es verdad, de expresiones violentas. Hay además un decidido propósito de Sarmiento, frente a las afirmaciones de Mosqueda, de que no se pongan en duda sus palabras. Al expresar que si hay falsedad en su versión sobre la Conferencia de Guayaquil “es la que ha querido acre-

---

(5) Transcribimos al final, *in extenso*, el artículo de 1851.

ditar uno de los actores de aquel grandioso drama”, Sarmiento se propone, antes que arrojar dudas sobre la veracidad de San Martín, hecho que habría empañado su tarea de muchos años al respecto, defender su propio prestigio frente a soslayadas intenciones. Si ésto lo hace sin cuidar detalles de la expresión, queremos creer que es producto de una ofuscación que la historia demuestra fehacientemente que fué momentánea y carente de importancia, en confrontación con el valor inmenso de su aportación sanmartiniana.

---

Disipada la nube Sarmiento publica nuevas noticias biográficas, plenas de sentimientos admirativos hacia el Héroe, páginas que renueva constantemente en todo el resto de su vida, incluso en 1880, cuando la patria recibe los restos del epónimo. Pero es singularmente valioso un documento escrito de puño y letra del maestro, seguramente a mediados de 1867, en Estados Unidos, sobre la conferencia de Guayaquil (\*). A diez y seis años del artículo aprovechado inescrupulosamente por los detractores de San Martín en el extranjero y por los negadores de Sarmiento en nuestro propio país, el ilustre sanjuanino deja definitivamente arreglados los papeles acerca de su intervención en este asunto, y hoy no hay asidero posible a la duda, si se han de atener los historiadores a la palabra de Sarmiento; ni hay margen para que el revisionismo lo presente en situación equívoca, en este aspecto.

Se pretende descubrir un divorcio entre la orientación política de San Martín y la de Sarmiento, atribuyendo a éste una definida y definitiva filiación rivadaviana. En base a dicho supuesto se formulan apreciaciones horras de todo juicio, como

---

(\*) Ib. id., CASTRO, A. P.: “El documento que por primera vez se conoce, está formado por dos hojas de papel común, totalmente escritas sus cuatro carillas de puño y letra de Sarmiento y firmado por él. Parece que alguna vez, hace muchos años, alguien quiso destruirlo, pues se encuentra partido en dos en su parte media, pero habiéndose arrepentido de su acción pudo salvarse intacto”. Dicho documento se encuentra depositado en el Museo Histórico Sarmiento.

aquella de que la tendencia rivadaviana privó a las tropas argentinas, en la guerra con el Brasil, de la conducción del vencedor de Chacabuco, a la sazón en plena capacidad técnica y física. Es verdad que la política rivadaviana le fué hostil o desafecta durante la guerra con Brasil, como lo había sido durante la campaña emancipadora, pero es insólito extraer de esos hechos conclusiones sofisticadas, e innoble cargar a la cuenta de actores de la historia argentina que no estuvieron vinculados a aquellos problemas, puesto que comenzaron a actuar muchos años más tarde, errores o situaciones que les fueron totalmente ajenos. Desde luego hay mil modos de explicar aquella situación, a la que podría no ser extraña la determinación irrevocable de San Martín, que actuaba movido por razones de orden trascendente, como eran las de asegurar la vigencia del sentimiento emancipador, que habría podido perjudicarse si él, al frente de ejércitos galvanizados por victorias de distinto orden, hubiera tenido que afrontar desafíos y recelos de otros ejércitos, igualmente imbuídos de ideales emancipadores. Imputar a Sarmiento una posición rivadaviana militante y concluir atribuyéndole responsabilidades de aquel carácter es una de las ridículas tentativas que no pueden prosperar, no sólo por el anacronismo de las circunstancias, sino porque Sarmiento —y de estas pruebas se encuentran colmados sus escritos— si bien sintió admiración por el talento y la moral de Rivadavia, como San Martín, nunca dejó de considerarlo un *teórico*, “un sembrador de mala mano”, sobre cuyas espigas habían galopado los caballos piafantes de la tiranía, hasta destruirlo todo.

De estas muestras, frutos de pasajeras angustias, tan típicas de la psicología de Sarmiento, sacan partido dos tipos de comentaristas históricos: los que creen desaprensivamente que poner de realce la estupenda fisonomía moral de nuestro Héroe implica la intención de disminuir la gloria de Bolívar —allá ellos— y los que, dominados por absurdo complejo, pretenden una revisión en la que deliberadamente se ha de anteponer en la perspectiva histórica la figura de Rosas a la de Sarmiento. Del empeño de estos últimos existen abundantes demostraciones dentro de nues-

tro propio país, hecho natural si se quiere, tratándose de figuras argentinas; del primer conjunto las demostraciones son menos copiosas, pero más orgánicas, y a una de ellas queremos referirnos especialmente, no con nuestras palabras, sino con las de Antonio P. Castro, ya nombrado: "El más tenaz de los opositores que tiene San Martín, que continúa una tradicional campaña difamatoria contra el prócer máximo de nuestro país (\*), en una refutación de tono calumnioso al defender a Bolívar cuando nadie lo atacó! manifiesta: "El ilustre argentino Domingo Faustino Sarmiento, en su discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia, pronunciado el 1 de julio de 1847, en presencia del General San Martín, dió por verídicas las aseercciones de Lafond, y cuatro años más tarde, en un artículo publicado en Chile (\*\*) con motivo de otro del General Tomás Cipriano Mosquera, respecto a la Conferencia de Guayaquil, manifestó que la descripción de lo sucedido en la entrevista la obtuvo del mismo Gral. San Martín, pero que estaba muy distante de poner entera fe en las declaraciones naturalmente interesadas de uno de los más grandes caudillos de la independencia americana, añadiendo, que se abstuvo de toda crítica por respeto a las canas del Gral. San Martín, etc..."

¿En qué circunstancias creer a Sarmiento? Cuando, serenado viajero, reconoce ante el Instituto Histórico de Francia, en presencia del General San Martín y de Balcarce, la autenticidad de documentos obtenidos por Lurey de Lafond, agregando coincidentes informes obtenidos del refugiado en Grand-Bourg, relati-

---

(\*) El señor Castro se refiere al historiador venezolano Vicente Lecuna que, como es sabido, encabeza un movimiento antisanmartiniano, con aspiraciones a imponerse en el continente. Lecuna, en su afán de justificar determinadas interpretaciones absolutamente personales en torno al retiro de San Martín después de Guayaquil, no sólo busca obsesionalmente y con audaz criterio, testimonios apropiados a su tesis, vengán o no al caso, sino que se ha dedicado a calificar con vehemencia desusada a quienes, por uno u otro motivo, puedan aportar pruebas o documentos que justifiquen la actitud de San Martín. Tal su reacción frente a las cartas aportadas por mediación del extinto ministro argentino en Lima, doctor Eduardo Colombres Mármod y su más intemperante reacción frente al hijo del desaparecido diplomático.

(\*\*) Es el artículo de 1851, que publicamos al final, *in extenso*.

vos a la Conferencia de Guayaquil y a la suerte total de la revolución emancipadora en 1822, o cuando, bajo aquel cúmulo de problemas y trabajos, reacciona con sus proverbiales despechos pasajeros, en modo tal que bien pudiera decirse que sólo a él alcanzaban los efectos de la contradicción? “Indiscutiblemente —dice Castro— llama la atención y llena de preocupaciones la actitud adoptada por Sarmiento en el artículo aludido, que publicara en Santiago de Chile el 17 de julio de 1851 y donde todavía se agrega: *Si hay falsedad en los hechos ocurridos y en el objeto de la entrevista, es la que ha querido acreditar uno de los actores de aquel grandioso drama*”.

El revisionismo antisarmentista debiera abocarse serenamente a la interrogación que formulamos, porque si acepta que Sarmiento se negó a conciencia, en plenitud de medios mentales e históricos, y no en circunstancias momentáneas, aceptaría de consuno que el General San Martín pudo prestarse al falseamiento de un hecho histórico decisivo en la vida de las naciones sudamericanas, y eso, más que inadmisibles a la luz de la verdad, sería un crimen de lesa patriotismo, mientras no aparecieran, y puede jurarse que no aparecerán jamás, otros elementos de convicción.

Se ha discutido y negado por ese revisionismo la presencia del Héroe en la ceremonia con que el Instituto Histórico de Francia (no de París, como se dice por ahí) recibió a Sarmiento y también la realización del acto mismo, justificándose este hecho en que Sarmiento ha dejado establecida la fecha del 1 de julio de 1847 como correspondiente a la recepción, sin que se haya encontrado acta alguna de esa data. Pero lo que se oculta es que hay un acta del 7 de julio que contiene la información relativa a la conferencia de Sarmiento, cuestión que debe atribuirse a simple error de fechas producido por el secretario del Instituto o por el mismo Sarmiento. Y en cuanto a la presencia o no presencia del Héroe, asunto de difícil probanza desde el punto de vista documental, en nada compromete el valor de las afirmaciones de Sarmiento, como es obvio, puesto que, subsistente el testimonio de Balcarce a través

de conocidos documentos y absolutamente seguros como están los historiadores más serios, de que San Martín no ignoró ni rectificó en ningún momento lo dicho en aquella oportunidad, todo queda firme y sin posibilidad de que la malicia pueda introducirse en las interpretaciones respectivas.

El corvo de San Martín donado a Rosas pendía en aquellas horas de afanes, desilusiones y polémicas, sobre la testa de Sarmiento, pero, como en el caso de la espada colgando sobre la cabeza del súbdito de Damocles, pronto pasó el peligro y se afianzaron las fervorosas convicciones del gran maestro en torno a la incuestionable personalidad moral del Héroe.

No podía ser de otra manera. Desde el primer artículo de Sarmiento en Chile, escrito en la pobreza y el dolor, sobre un cañón de kerosene y firmado por "Un teniente de artillería en Chacabuco", hasta aquellas páginas que se titulan "Las celebri- nias de San Martín", donde describe en plena ancianidad gloriosa la emoción que le produjo el volver a ver después de cua- renta años los cañones fundidos en Mendoza y que él había observado con curiosidad en su niñez, la trayectoria sanmarti- niana de Sarmiento se afianza sobre toda interpretación dubi- tativa. Es el primero en Sud América que destacara los méritos del Ejército Libertador, enrostrando a los pueblos su ingratitud para con San Martín y pidiendo su inclusión en la lista militar chilena. En el mismo año y contando ya a su favor con la curio- sidad del medio, ganada con su espléndida versión de la batalla de Chacabuco, publica aquellas patéticas páginas tituladas "Des- de la derrota de Cancha Rayada hasta la victoria de Maipo. Los 18 días en Chile", relato que no ha sido superado como descrip- ción emocionada y que despertaron hacia el pobre exilado la ca- bal admiración y gratitud de San Martín y sus antiguos oficia- les. El lleva al Instituto Histórico de Francia, como el más gran- de honor, en su discurso de recipiendario académico, la versión tetal, magnífica y dramática, de las campañas de San Martín y la dilucidación de la Conferencia de Guayaquil, abonada con el testimonio *in vivo* del Héroe, confirmando la primicia de La- fond. Y no aventada aún la nube, publica en 1850 y 1851, en

“Tribuna” y “Sud América”, de Santiago, los artículos ilustrativos “Necrología de San Martín, breve biografía” y “El 12 de febrero, mirado por el reverso”, reivindicando los méritos del Ejército Libertador en Chile.

Nadie antes de Sarmiento ha dado noticias concretas en torno al banquero Aguado y a su vinculación con el Héroe, originada en los días en que la juventud española brindaba su sangre en la lucha contra la imperial dominación napoleónica. Así presenta el gran sanjuanino en su cálida “Biografía del general San Martín” publicada en 1854 (9) el panorama de aquel vínculo inicial: “Las vicisitudes de las campañas separaron los cuerpos en que servían los amigos; terminóse la guerra; el tiempo puso entre ambos su velo; transcurrieron los años y no se volvieron a encontrar más en el camino de la vida. Quince años después, empero, hablábase delante de Aguado de los famosos hechos de armas en América del general San Martín. Es curioso —decía Aguado— yo he tenido un amigo americano de ese apellido que militó en España. San Martín oyó nombrar al banquero español Aguado —Aguado?— decía a su vez — Yo he conocido a un Aguado: pero hay tantos Aguados en España!...”

Luego sobrevienen en el relato biográfico las escenas del reencuentro y la explicación de algunos hechos derivados de esa amistad, que arrojan luz sobre un aspecto importante de la existencia del Héroe, antecedentes que Sarmiento, con luminosa intuición, consideró indispensable divulgar.

Para que se advierta cuál es el acento sarmientino cuando habla de San Martín en 1854, he aquí dos párrafos que lo revelan: “Desde entonces San Martín y Aguado, el guerrero desencantado y el banquero opulento, se propusieron vivir y tratarse como en aquella feliz época de la vida en que ningún sinsabor amarga la existencia. Establecióse San Martín en Grand Bourg, no lejos de París y a sólo algunas cuadras de Chateau-Aguado, mediando entre ambas heredades el Sena, sobre el cual echó el favorito de la fortuna un puente colgado, de hierro, don hecho

---

(9) Obras, T. III.

a la comuna, servicio al público; comodidad permanente doméstica para él y facilidad ofrecida al trato frecuente de los dos amigos. Por largos años los paisanos sencillos del lugar vieron sobre el Puente Aguado, en las tardes apacibles del otoño, sobre la baranda y esparciendo sus miradas distraídas por el delicioso panorama adyacente, aquel grupo de dos viejos extranjeros, el uno célebre por aquella celebridad lejana y misteriosa que ha dejado lejos de allí hondas huellas en la historia de muchas naciones, el otro conocido en toda la comarca por el don inestimable con que la había favorecido. Murió Aguado en los brazos de su amigo, y dejó encargada a la pureza y rigidez de su conciencia, la guarda y distribución de sus cuantiosos bienes. ¡También ha muerto San Martín! —agrega— Pero su nombre queda aún viviendo en las tradiciones de la América, hasta que la historia lo recoja para esculpirlo en sus tablas de bronce.”

Impregnada de entusiasmo, la pluma de Sarmiento califica de genio a San Martín reiteradamente. San Martín en Mendoza es “el genio creador, —dice— el Hermes trimegisto de los antiguos, político, guerrero, diplomático”; le atribuye el “lacionismo de la previsión, que es peculiar del genio”; considera que el “genio de la estratagema reapareció en él más alerta y fecundo, y su poder de fascinación más activo” después de Cancha Rayada, hasta la batalla de Maipo, “no menos funesta a la dominación española que la final de Ayacucho”. Repasa en ese mismo artículo del año 1854 la actuación de San Martín en Chile y Perú en términos tales que no sólo no deja asidero a la menor intención de agravio a la memoria del Héroe, sino que insiste en confrontar la personalidad moral de ambos libertadores, San Martín y Bolívar: “Casi treinta años —anota— han discurrido desde la época en que San Martín dijo adios en Lima, a la gloria i a la América, y en tan largo espacio de tiempo toda ella se ha revuelto en fracciones y partidos. Bolívar ha muerto en el entretanto, luchando con algo peor que el ostracismo, con la oscuridad de las tinieblas, que después de tanta luz y tantos y tantos proyectos de ambición personal, creaba en torno suyo la reprobación de sus contemporáneos. Ni una queja, ni un esfuerzo, ni una

palabra se ha escapado a San Martín, de manera que la historia añadirá a la página que sin terminarse concluía en 1823, la fecha de su muerte acaecida en Boulogne-Sur-Mer en 1851... (10).

“Inclito varón”, le llama, y lo describe en humildad, como un patriarca campesino, junto al Sena: “allí le ví yo”, exclama con evidente orgullo; y tras describir con no desfalleciente entusiasmo una por una las prendas morales y físicas del Libertador, concluye: “A la hora de su muerte, acordándose que tenía una espada histórica, o creyendo y deseando legársela a su patria, se la dedicó al general Rosas, como defensor de la independencia americana!... No murmuremos de este error de rótulo en la misiva, que en su abono tiene su disculpa en la inexacta apreciación de los hechos y de los hombres que puede traer una ausencia de treinta y seis años del teatro de los acontecimientos y las debilidades del juicio en el período septuagenario. En todo caso, los hombres pasan y solo las naciones son eternas, y aquella espada quedará un día colgada en el altar de la patria, y envuelto el estandarte de Pizarro, para mostrar a las edades futuras el principio y el fin de un período de la historia de Sud América, desde la conquista hasta la independencia”.

En su artículo de la serie “Galería de celebridades argentinas”, publicado en 1857 en Buenos Aires, la información que brinda Sarmiento en torno al Héroe es más acentuada en algunos aspectos, sobre todo en la descripción del lugar natal de las Misiones, en las campañas militares en España y en las cumplidas en América. Pero en cualquier instante el juicio encomiástico aflora con espontánea esplendidez. Y después de recordar las circunstancias en que escribiera el artículo sobre Chacabuco en Chile, diez y seis años antes, y de mencionar sin vanidad alguna su aporte a la causa de la reparación justiciera de San Martín, dice: “Rosas honró su nombre, sin reconocerle su grado mi-

---

(10) Tal cual en el texto. Obras, t. III, pág. 286. Son frecuentes en los artículos históricos de Sarmiento errores de fechas y lugares, lo que debe imputarse a falta de datos concretos en aquellos tiempos. Ello no excluye el mérito esencial de sus trabajos ni ha impedido que nuestros más grandes historiadores, posteriormente mejor informados desde el punto de vista historiográfico, se hayan guiado por él.

litar y el sueldo de general, explotando en provecho de su tiranía, la prevención de ánimo con que miró siempre el caudillo de la independencia la ingerencia de los poderes extranjeros en las cosas del continente. Lególe como una prenda de sus sentimientos a este respecto, el famoso sable corvo que llevan los retratos contemporáneos, y que le acompañó invariablemente en las grandes batallas”.

---

En su trato con el Héroe y sus familiares Sarmiento halló siempre la confianza que enaltece el vínculo amistoso, aunque no obtuviera revelaciones sensacionales, fuera de las que se refieren a la entrevista de Guayaquil. Y si como resultado de opuestas circunstancias de época San Martín sólo veía el pasado, según las referencias de Sarmiento, mientras éste se batía contra un presente considerado por él indigno del porvenir, nada existe en esas relaciones y en los documentos que las reproducen, susceptible de ser interpretado como un caso de apostasía o negación. Sentíase pues inseparablemente vinculado al General San Martín; y puede afirmarse que el antecedente de haber servido su padre en las filas del Libertador, pasó a convertirse en causa íntima de rehabilitación de afectos filiales hacia la memoria de don José Clemente, cuya trashumancia no había interpretado cabalmente Domingo Faustino hasta muy entrado en madurez. Este vínculo con San Martín, que Sarmiento no pierde ocasión de reavivar, a pesar de aquellos escritos de 1850 y 51, se inicia casi obsesivamente en 1841, con su primer artículo famoso en “El Mercurio” y se mantiene hasta la muerte. Por eso dice en *Memorias*, libro de la ancianidad, con su característico orgullo, relatando sus campañas periodísticas y civilizadoras en Chile: “Las más gloriosas, las del pensamiento, las del corazón, que agrandan el escenario, evocan las pasadas épocas, los antiguos campos de batallas trayendo a la parada, quizá a la línea, las grandes figuras históricas, las nobles reputaciones. Chacabuco, Maipú, San Martín, Las Heras, Magallanes y los antiguos Sarmiento...”

Seguro ya de su consagración histórica, no la concibe sin la presencia de San Martín en la parada, en la línea que él ocupa.

Honradamente analizados estos antecedentes con sus correlativos detalles, vuélvense ridículas las tentativas de utilizar el testimonio de Sarmiento en la tarea infecunda de cavar abismos entre Bolívar y San Martín, o entre San Martín y Sarmiento. Si ha de despreciarse esto por indigno de la finalidad que debe acompañar a la investigación histórica, no es razonable dejar que cundan los equívocos que pueden comprometer la hermandad americana y mucho menos los que dentro de nuestro propio país traerían como resultado absurdos de lesa patriotismo.

La figura histórica de San Martín no controvierte a la de Bolívar. Cada una se desplazó en el gran escenario conforme con una dirección temperamental predeterminada; y quíeránlo o no, cada una constituye para los pueblos donde actuaron, motivo de diversa admiración. Por eso los adjetivos *sanmartiniano* y *bolivariano* connotan cosas distintas, sin que se justifiquen apreciaciones generales que tiendan a la controversia. Bolívar es un guerrero y un político indisolublemente compendiado. En él cobran importancia lo mediato y lo inmediato, en términos de primera persona. Su republicanismo es autocrático, porque lo considera ventajoso para el destino de la independencia sudamericana. San Martín es un guerrero y un asceta. Nada hay en él que denuncie una ambición política. No están arraigados en sus convicciones los ideales republicanos como formas convenientes al destino de la independencia, pero es todo lo contrario de un autócrata. “El argumento empleado contra San Martín con más empeño por parte de sus detractores de oficio —dice Otero— es el de su monarquismo (11). Pero, ¿qué era ese monarquismo y qué razones le permitieron a San Martín el inclinarse él a propiarlo con su poder al tiempo que hacía otro tanto su Consejo de Estado?” Y agrega: “Histórica y doctrinariamente hablando no se violentaban con ese proceder los intereses fundamentales de una democracia incipiente. Por el contrario, el plan monárquico tra-

---

(11) JOSÉ PACÍFICO OTERO, *Historia del General don José de San Martín*.

taba de consultarla, ya que con la persona de un príncipe se esperaba armonizar lo social con lo político". Después dice, refiriéndose a la actuación de El Protector en Perú: "A su entender, y en la opinión de aquellos que figuraban a su lado como consejeros, un monarca respondía mejor a las modalidades sociales de aquel Estado. Por otra parte, mediante esta combinación podía lograrse una nueva victoria, pues quebrada así la resistencia española, el Perú y con él los demás Estados del continente, se atraerían de inmediato la simpatía y el reconocimiento oficial de la vieja Europa. Como se ve, se trataba de un plan de gran trascendencia, y esto explica que producida la abdicación de San Martín, la plaza de Londres acusó su sorpresa, desvalorizando de inmediato en aquel medio bursátil los valores peruanos. Encuadrada así —y ésta es la única forma en que puede encararse la cuestión— véase que el monarquismo de San Martín no puede constituir en modo alguno una piedra de escándalo. Si él es un error —no creemos que pueda considerarse como tal el intento de conciliar la revolución con la diplomacia— fué tan solo un error inicial, que en nada afectó a la revolución y que pasó al orden de lo quimérico, después de haber servido de base a un plan político generoso. Bolívar mismo cometió errores, y no es el menos grave y trascendente el no haberse retirado de la escena americana después de Ayacucho. Con esto no queremos en modo alguno disminuir la grandeza del Libertador de Colombia, ni tampoco mermar la de su voluntad que fué deslumbrante y creadora. Sólo queremos demostrar que el acierto absoluto no existe, y que los grandes hombres se extravían a veces en la vorágine de la acción, lo mismo que los mediocres".

Para que pueda apreciarse de una sola ojeada la posición del movimiento *lecionista* en torno a lo aseverado por Lafond, Mitre y Sarmiento, sobre la histórica entrevista, cuya relación más completa puede deducirse de la carta de San Martín al General Miller, basta leer unos pocos párrafos del libro titulado *Cartas apócrifas sobre la conferencia de Guayaquil*, publicado por la Academia Nacional de la Historia, patrocinada por el gobierno de Venezuela. Prescindiendo de frases como

“la leyenda de Mitre sobre la magnánima y abnegada separación de San Martín”, “la trama de que San Martín en arranque sublime y magnánimo resolvió separarse”, “por defender a San Martín del cargo de aspiraciones personales en el régimen monárquico que aconsejaba”, “porque carecía totalmente de instinto de gobierno”, “porque se sintió sin arraigo ni poderes en su propia patria”, etc., etc. de que está lleno el libro, suscritas, no ya por el señor Lecuna, que es por cierto torrencial, sino por los señores miembros: Cristóbal L. Mendoza, Pedro Manuel Arcaya, Mons. Nicolás E. Navarro, Lucila L. de Pérez Díaz, Vicente Dávila, secretario, he aquí los párrafos finales del informe de dicha Academia a propósito de la famosa entrevista: “Tan extravagante y absurdo es atribuir la abdicación de San Martín en el Perú a la Entrevista de Guayaquil como lo sería achacar a esta misma causa su retiro definitivo de América dejando a su Patria nativa presa de las más graves preocupaciones internas y externas. ¿Por qué abandonó el territorio de las Provincias del Río de la Plata, donde habrían sido tan útiles sus excepcionales actitudes, renunciando para siempre al servicio público en su propia tierra? Sería aventurado o absurdo pensar, sin mengua alguna para su ilustre memoria (sic), que los mismos impulsos anímicos y las mismas circunstancias físicas determinantes de esta última resolución, influyeron decisivamente en aquélla? No lo parece desde el punto de vista del más riguroso criterio científico, sobre todo en presencia de las formales declaraciones del propio San Martín que confunden ambas decisiones en una sola, verificada por etapas, pero sin solución de continuidad. A menos que otro hallazgo milagroso ponga en manos de algún nuevo predestinado por la Providencia (sic) documentos comprobatorios de que ese paso final es otro aun más sublime y magnánimo acto de desprendimiento que lo haga acreedor a figurar en el Santoral, tentativa esta última, por lo demás, que ha sido ya insinuada con toda seriedad”.

Basta leer lo transcripto para comprender el derecho que nos asiste de contrarrestar las tentativas demoleedoras en que

se entretienen tanto aquellos de afuera, como estos de adentro; y es en ese mismo libro, donde el señor Lecuna utiliza el testimonio del "ilustre argentino don Domingo Faustino Sarmiento en su discurso de recepción", etc., como una prueba fehaciente contra la sinceridad de San Martín, en el relato de la entrevista de Guayaquil. Revisionistas argentinos y bolivarianos lecnunianos rajan tientos de un mismo cuero para flagelar, unos a Sarmiento como negador de San Martín, y otros a San Martín como rival de Bolívar —mayúsculos errores— en el plano de las más altas consagraciones americanas.

Otro es el acento que quisiéramos escuchar, ya que los argumentos los proporciona la historia y no el énfasis o el ciego apasionamiento.

Con razonamientos como los empleados por Otero, la tarea histórica se eleva en cambio y los hombres pasan a ocupar, con sus virtudes y defectos, como semidioses a veces, nunca como dioses, el plano que les corresponde. Si es válida esta premisa para los casos de San Martín y Bolívar, ¿por qué no habría de serlo para el de Sarmiento en el instante dado en que aparentemente contradice sus propios informes sobre la Conferencia de Guayaquil, para volver más tarde y hasta el fin de sus días a exaltar la figura moral del Héroe? ¿Por qué no habrían de borrarse los errores y los defectos del maestro por antonomasia en compensación de sus enormes tributos de amor al país?

Si tal fuese el método de un revisionismo austero, la figura de Rosas habría reconquistado prestigio popular al cumplirse el centenario de la muerte del Libertador, y no pretenderían los revisionistas mantener sobre la testa de Sarmiento la espada de Chacabuco. Porque "le fué legada a Rosas —dice Otero— no por ser Rosas, sino por simbolizar él el mandatario que gallardamente defendiera en horas luctuosas a la soberanía argentina". Es decir, porque Rosas encarnaba el poder, o sea el símbolo de la autoridad soberana de la nacionalidad; y porque encarnándolo supo extraer fuerza de sus debilidades, para reivindicar en medio del caos fratricida la condición de soberanía que es esencial a toda nacionalidad. Esta es la síntesis de la verdad

histórica, no negada por Mitre ni por López ni por nadie que haya ahondado sinceramente el conocimiento de la historia nacional, a pesar de las pasiones e intereses con que a veces se la ha escrito.

En una sala del Museo Histórico Sarmiento, iniciado por el noble espíritu de Ismael Bucich Escobar y complementado últimamente por Antonio P. Castro, hemos visto las piezas que atestiguan el afecto que sintieron el General San Martín y sus dignos descendientes por el Gran Sanjuanino (12). Son demasiado elocuentes como para que el investigador imparcial, llámese bolivariano o revisionista, pueda sobrepasar impunemente, en el supuesto de una errónea o deliberada deformación, la imagen de la verdad histórica. Jamás podrá negarse que Sarmiento fué un impulsivo de la acción y un político arrastrado por circunstancias antípodas de aquellas en que actuó el General San Martín; y ridículo resultaría querer disimular estos y aquéllos cometidos en su lucha de sesenta años, en medio del caos que sucedió a la caída de Rivadavia. Pero más ridículo que todo eso sería negar que su trayectoria sanmartiniana ostenta el cuño de la grandeza genial que San Martín adivinó en él y que sella definitivamente la amistad que ambos acrisolaron al servicio de la patria.

Si San Martín estuvo treinta años, como lo señalan Mitre y Otero, custodiando con un sentido casi mitológico de su misión, la causa exclusiva de la independencia patria, honrado sería reconocer en cualquier tiempo y lugar que Sarmiento accionó sesenta años, por esa misma patria, entre incendios de intereses y pasiones, enteramente absorbido por sus móviles civilizadores.

---

(12) *Las nuevas salas del Museo Sarmiento*. Conferencia de A. P. Castro, setiembre de 1949: "En este mismo salón hay un pequeño rincón dedicado a San Martín, en el que puede verse un hermoso retrato del Libertador en su ancianidad, pintado por Junior, y que fuera obsequiado al presidente Avellaneda por Mercedes San Martín de Balcarce; varios documentos y proclamas del ex ministro de Sarmiento; una doble página de álbum en el que San Martín y todos los miembros de su familia le dedicaron sendos pensamientos al gran educador sanjuanino, cuando éste visitó al Capitán de los Andes en Grand-Bourg y otros recuerdos y autógrafos del vencedor de Chacabuco y Maipo".

Bien interpretada la máxima de San Martín, cuando echan a volar una mosca dice con el filósofo: "Anda pobre animal, que el mundo es bastante grande para nosotros dos", colocaría estos asuntos en su verdadero quicio, a no ser por la pertinacia de los malos hurgadores de papeles, más porfiados sin duda que las moscas. No comprenden ellos que, aún en la contradicción, la historia es suficientemente grande como para albergar a muchos hombres gloriosos, y aún algunos que nada tienen de ejemplares. Tampoco comprenden que en una vida tan atormentada como la de Sarmiento, la contradicción, infinitamente superada por el patriotismo y la fecundidad, no es más que una prueba de la tremenda lucha del genio por encontrar la verdad. ¿Qué importancia podrían tener aquellos juicios de 1846 y 1851 frente a tantos otros anteriores, simultáneos y posteriores que atestiguan una admiración sin límites ante la figura épica y moral del Héroe? ¿Qué importancia tendría el demostrar alguna vez, supuesto que ello fuera posible, que San Martín no estuvo en el acto académico del 1 de julio de 1847 en el Instituto Histórico de Francia, como sostienen algunos remisos hurgadores de archivos? <sup>(13)</sup>. Lo esencial de todo esto es la verdad histórica, no la minucia curialesca. Y la verdad histórica afirma que Sarmiento escribió la versión

---

<sup>(13)</sup> Léanse los artículos publicados en la revista "El Hogar", números del 10 de febrero y 3 de marzo del corriente año. En el primero de ellos, el presidente de la Academia de la Historia, con la autoridad que le asignan su obra y su representación, coincidiendo con Manuel Gálvez, en "Vida de Sarmiento", niega que San Martín estuviera presente en el Instituto Histórico de París el 1º de julio de 1847, porque debió ausentarse de Francia en esos días. Sin afirmarse en documentaciones tan fehacientes como las aceptadas por Mitre, Rojas y el propio Lecuna, entre otros autorizados historiadores y desconociendo afirmaciones tan terminantes como las de Balcarce y Alberdi, el doctor Levene, que no ha andado muy firme ni de modo alguno convincente en estos asuntos relativos a las vinculaciones entre San Martín y Sarmiento, así como en lo que concierne a la versión de Lafond y Sarmiento sobre la Conferencia de Guayaquil, introduce una duda. Por su parte el señor Antonio P. Castro, documentándose en actas, anotaciones de Sarmiento y demás circunstancias fehacientes, demuestra que: Sarmiento leyó personalmente su trabajo; que San Martín estuvo en el acto, y que, a lo sumo, lo que pudo ocurrir es que las fechas de las actas se alteraran por descuido del secretario respectivo, figurando la de recepción como realizada el 7 de julio, en lugar del 1º, que es la consignada por Sarmiento, y la más difundida al respecto.

de la Conferencia de Guayaquil en forma que San Martín la aprobó; y que en su admiración por el Héroe sólo se interpuso en alguna circunstancia una nube fugaz, impulsada por el viento de la pasión que no arrastró al Gran Capitán a la contradicción, pero que encendió para siempre en todos los actores de la organización nacional una tea de rencores que aún no han logrado apilcarse.

En su discurso de 1880, que esperó veinte años para ser pronunciado, pues su autor había sido designado por el vecindario porteño en 1860 para tal cometido, Sarmiento reúne bajo un mismo signo histórico a San Martín, Bolívar y Wáshington. El paralelo entre San Martín y Bolívar ha sido trazado innumerables veces y ha de seguir siendo motivo de interés histórico, psicológico, patriótico y literario. Es que por encima de la disparidad temperamental de ambos, los dos fueron guerreros constructores de naciones, exponentes de una misma causa, genios vernáculos de la tierra americana. Por eso Barcia puede decir con inobjetable criterio: "Bolívar y San Martín, se completan en la acción y se identifican en el supremo ideal: la libertad y la independencia de Hispano América. Lo que yo quiero afirmar sin reservas, consecuente de lo que significa esta aseveración, es que las figuras de San Martín y de Bolívar son más grandes de lo que se las ha considerado. Hoy se yerguen en las cumbres más altas de la historia como figuras sin igual entre las de mayores merecimientos que conoció el mundo. Es cierto que Bolívar habla de jerarquía, de "clase", de "autoridad" de "ley" y de "paz", pero habla de ellas disminuyendo las que existían, implantando las condiciones esenciales, renovadoras de los pueblos libres que iba a independizar. Lejos de pertenecer a un orden que decae, precipita a este orden en su decadencia y erige "un nuevo orden" que dará alma y espíritu a un mundo que hoy es la reserva de la humanidad para perpetuar la vida libre e independiente. En esto San Martín fué más allá que el propio Bolívar. Las campañas militares, las luchas armadas que dirigen, desarrollan y consuman los grandes libertadores, son coincidentes y armónicas; no sólo se trata de una ayuda mutua constante, no pactada ni si-

quiera propuesta en los primeros años, sino de una obligada coincidencia de ideales, afanes y propósitos. San Martín es el primero que idea una empresa enorme, genial, estratégicamente considerada, que luego lleva tácticamente al campo de batalla con una precisión asombrosa. Su famoso secreto revelado por primera vez a Rodríguez Peña en la histórica carta, "el plan de campaña continental", llega un día a ser penetrado, comprendido, admirado por Bolívar, que luego lo secunda militarmente y lo ejecuta permanentemente. Ello determina un hecho de trascendencia histórica, fruto del genio del Libertador al conseguir en Ayacucho la derrota definitiva de los ejércitos de Fernando 7º, poniendo fin a la dominación española en América. Triunfo de Bolívar que tiene como premisa el suceso no menos histórico del renunciamiento de San Martín, para dejar que Bolívar sea el realizador del Plan Continental" (14).

Distinto es el caso entre Sarmiento y Rosas cuyas vidas, en sus orígenes, tanto como en los hechos y orientaciones que las caracterizaron, son de imposible comparación. Rosas, "frío, corazón helado", no odió al sistema de ideas cultivado por Sarmiento. Su acción no se desplegó jamás sobre horizontes doctrinarios, sino sobre un *modus* feudal, de tipo exclusivamente individualista. Sarmiento, en cambio, abominó cabalmente "del sistema donde Rosas imperaba como en una gran estancia, en la que no cabían otros intereses ni otras leyes que los suyos". Tenemos bastantes razones para creer que no se odiaron personalmente tanto como cierto sarmientismo parece odiar la memoria del Restaurador y cierto rosismo la del más grande educador de América.

Hacer luz sobre las tormentosas pasiones del pasado sin caer en extemporáneos excesos, es la esperada misión de cultura de la verdadera historia, según el feliz pensamiento de Foustel de Coulanges.

PEDRO OSCAR MURUA

---

(14) AUGUSTO BARCIA, Conferencia pronunciada en la Unión Cultural Americana, octubre 1948.

## A P E N D I C E

En Obras, T. II, pág. 371, se encuentra el artículo escrito por Sarmiento en 1851, que dice textualmente:

### BOLIVAR I SAN MARTIN

RECTIFICACIÓN HISTÓRICA  
(“Sud América” de 17 de julio de 1851)

El *Diario* de Valparaiso reproduce un interesante artículo del general Mosqueda refutando las esplicaciones que sobre la entrevista de Guayaquil entre aquellos dos célebres campeones de la independencia, da Mr. Gerard en la pequeña necrolojía que poco después de la muerte de San Martín publicó en Boulogne-sur-Mer. Como M. Gerard había tomado sus ideas de mi discurso de recepción al Instituto Histórico de Francia, debo decir una palabra sobre este importante hecho histórico. La descripción i lo-sucedido en la entrevista lo obtuve de boca del mismo general San Martín. Si hai falsedad en los hechos ocurridos i en el objeto de la entrevista es la que ha querido acreditar uno de los actores en aquel grandioso drama.

Estoi mui distante, i lo estaba entónces, de poner entera fe en las declaraciones naturalmente interesadas de uno de los grandes caudillos de la independencia americana. Cada uno de los hombres públicos que han figurado entónces tiene que rehacer alguna página de su historia, i el trabajo más ingrato de la jeneración que les sucede, es el de restablecer los hechos i la verdad en despecho de las aseveraciones interesadas de los personajes.

Fuí creo, el primer americano que arrojé alguna luz sobre aquella entrevista misteriosa, de donde salió el desenlace de la lucha, pero escribiendo al lado de San Martín i respetando sus canas i sus últimos días, debí abstenerme de toda crítica estemporánea, sin que esta reserva perjudicase al éxito de un discurso puramente académico.

Las aseveraciones del jeneral Mosqueda no son para mí, la última palabra en materia de historia. "Yo estuve, yo ví, yo oí" no añaden ni quitan nada a la verdad. Si nos hemos de atener a la lógica i a la inducción, ningún testigo estraño debió presenciar las confidencias entre dos hombres de la altura de Bolivar i de San Martín. Esto es contra las reglas aun en casos ordinárisimos. La presencia de un subalterno habría sido un ultraje hecho a San Martín, i Bolivar despreciaba lo suficiente a los suyos para concederles tanta honra. Es el jeneral Mosqueda quien lo ha dicho así en Chile. Si la conducta posterior de Bolivar hubiese acreditado esa severidad de principios republicanos que se le atribuye, podríamos dar entero crédito a las palabras que se ponen en boca suya; pero Bolivar no ha dejado monumento alguno, sino son brindis i palabras huecas, para creer en la pureza de sus miras. Hago estensiva observación a San Martín mismo, acusado entónces i después de haber querido establecer una monarquía, lo que no me sorprende en manera alguna, pero necesito para darlo por sentado, pruebas i no asertos. Esta fué un arma que se manejó con habilidad entónces, i que no ha vuelto a la vaina todavía. Los tiempos históricos para Bolivar i San Martín han llegado ya, i desea por el interés de la historia que el proceso de estos dos hombres célebres fuese ventilado. Hai en segundo plano actores en aquel drama que como el jeneral Mosqueda, pueden decir lo que saben, o lo que quisieran que se supiese. No hai que hacerse ilusiones. A propósito de esta cuestion, i solo por venir a cuento, rectificaré una idea del señor Alberdi. En un articulillo de la Tribuna dije, cuando se supo aquí la muerte de San Martín, que debía haber dejado memorias escritas sobre los sucesos de que había sido actor en América. Me fundaba para aventurar aquella conjetura en el aserto positivo del jeneral San Martín, quien, como yo insistiese mucho, paseándonos solos en los alrededores de Grand-Bourg, sobre la necesidad de escribir la historia de la independencia de Chile i el Perú en lo que a su persona tenía relación, me contestó, volviéndose a mí: "tengo escrito, mis papeles están en órden" con lo que no insistí mas en este asunto, no obstante que había sido uno de mis ardientes deseos, conocer algunos de esos oscuros acontecimientos, San Martín gustaba poco hablar de lo pasado i los que deseaban oírlo necesitaban valerse de destreza para hacerlo entrar en materia. Un retrato de Bolivar que tenía en su habitación, me sirvió a mí de pretexto para hacerlo explicarse sobre la entrevista de Guayaquil.

Entre sus papeles existe una carta de Bolivar que han visto

algunos americanos, entre otros don Miguel Guerrico. Como yo me empeñase en verla i comprendiese San Martín que quería hacer uso de ella en complemento de la suya a Bolívar, que había publicado el almirante Blanc, la carta se empapeló i no pude verla.

La deposición del jeneral Mosqueda es en todo caso un documento precioso que debe agregar al protocolo de datos para la historia.

---

#### FUENTES BIBLIOGRAFICAS

SARMIENTO, *Obras*, particularmente tomos III y V.

MITRE, *Historia de la Emancipación y del General San Martín*.

OTERO, JOSÉ PACÍFICO, *Historia del Libertador General San Martín*.

INSTITUTO SANMARTINIANO, *Revista*.

BIBLIOTECA NACIONAL, *Archivos del General San Martín*.

CASTRO, A. P., *San Martín y Sarmiento*. El Museo Sarmiento. Conferencias.

LEVENE, RICARDO, *Lecciones de Historia Argentina*.

VICENTE LECUNA, *Cartas apócrifas sobre la Conferencia de Guayaquil*.